

CHLOE GONG

**VIL  
DAMA DE  
LA  
FORTUNA**

Traducción de Karina Simpson

**GRANTRAVESÍA**

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.

VIL DAMA DE LA FORTUNA

Título original: *Foul Lady Fortune*

© 2022, Chloe Gong

Publicado según acuerdo con Triada US Agencia Literaria, a través de IMC Agencia Literaria

Traducción: Karina Simpson

Ilustración de portada: © 2022, Skeeva

Diseño de portada: © 2022, Simon & Schuster, Inc.

D.R. © 2023, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

[www.oceano.com](http://www.oceano.com)

[www.grantravesia.es](http://www.grantravesia.es)

D.R. © 2023, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

[www.oceano.mx](http://www.oceano.mx)

[www.grantravesia.com](http://www.grantravesia.com)

Primera edición: 2023

ISBN: 978-84-126697-3-2

Depósito legal: B 13194-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005753010723

PARA MIS ABUELAS  
Y TÍAS ABUELAS

谨此献给我的阿娘、外婆，  
和我的小阿奶、二姨婆、小姨婆

*El tiempo cabalga a marcha distinta según la persona.  
Yo os diré con quién va al paso, con quién trota,  
con quién galopa y con quién se para.*

Shakespeare, *Como gustéis*

# Prólogo

1928

A hí fuera, en el campo, no importa lo fuerte que grites. El sonido viaja a través del almacén, resuena una vez más en las altas vigas del techo, retumba por el espacio y se adentra en la oscura noche. Cuando escapa, se funde con el aullido del viento hasta convertirse en una parte más de la tormenta que golpea el exterior. Los soldados se dirigen nerviosos hacia la entrada del almacén y empujan la pesada puerta hasta que se cierra, aunque la lluvia cae con tanta fuerza que ya ha empapado el suelo y manchado el asfalto con un semicírculo oscuro. El débil silbido de un tren se oye a la distancia. A pesar de la infinitesimal posibilidad de ser sorprendidos por cualquier alma que pase por allí, sus instrucciones son claras: vigilar el perímetro. Nadie puede saber lo que ocurre aquí.

—¿Cuál es el veredicto?

—Exitoso. Creo que es exitoso.

Los soldados están repartidos por todo el almacén, pero dos científicos permanecen de pie alrededor de una mesa en el centro. Observan impassibles la escena ante ellos, al sujeto de pruebas atado con gruesas hebillas, con la frente perlada de sudor. Otra convulsión recorre al sujeto de pies a cabeza, pero su voz se ha vuelto ronca de tanto gritar, por lo que esta vez

su boca se limita a abrirse de par en par, sin emitir sonido alguno.

—Entonces funciona.

—Funciona. Ya tenemos la primera parte completa.

Uno de los científicos, tras colocarse un bolígrafo detrás de la oreja, hace una señal a un soldado, quien se acerca a la mesa para soltar las hebillas por turnos: las de la izquierda, luego las de la derecha.

Las hebillas caen al suelo con un ruido metálico. El sujeto intenta darse la vuelta, pero entra en pánico, da un tirón demasiado fuerte y cae de la mesa. Es un espectáculo terrible. El sujeto aterriza a los pies de los científicos y jadea como si no pudiera llenar del todo sus pulmones, y tal vez nunca vuelva a hacerlo.

Una mano desciende sobre la cabeza del sujeto. El tacto es suave, casi tierno. Cuando el científico examina su trabajo, alisando el cabello del sujeto, su expresión se dibuja con una sonrisa.

—Está bien. No debes luchar.

Aparece una jeringa. Bajo las altas luces, la aguja brilla una vez al bajar el émbolo y otra vez cuando la sustancia roja del interior desaparece en la suave piel.

El dolor es inmediato: una llamarada líquida que abrumba cada nervio enclavado en su camino. Pronto llegará adonde necesita, y entonces se sentirá como nuevo.

Fuera, llueve a cántaros. Gotea por las grietas del almacén y los charcos ocupan cada vez más espacio.

El primer científico da al sujeto una palmada más cariñosa.

—Tú eres mi mayor logro, y lo más grande aún está por venir. Pero hasta entonces...

El sujeto ya no puede mantener los ojos abiertos. La debilidad hace que cada miembro le pese, todo pensamiento de su mente es fugaz como barcos que se avistan entre la niebla. El sujeto quiere decir algo, gritar, pero no formará palabra alguna. Entonces, el científico se inclina para susurrarle al oído, asestando el golpe final y atravesando la niebla tan limpiamente como una espada:

—*Oubliez.*

# 1

## Septiembre de 1931

El pasillo del tren estaba en silencio, salvo por el rumor de las vías bajo los pies. Ya había anochecido, pero las ventanillas parpadeaban cada tres segundos, un pulso de iluminación proveniente de las luces instaladas a lo largo de las vías que luego desapareció, engullido por la velocidad del tren. Por lo demás, los estrechos compartimentos estaban atestados de luz y ruido: los suaves candelabros dorados y el traqueteo de los cubiertos contra los carritos de la comida, el tintineo de una cuchara golpeando contra una taza de té y las resplandecientes lámparas de cristal.

Pero aquí, en el pasillo hacia el vagón de primera clase, sólo se oyó el súbito silbido de la puerta cuando Rosalind Lang la abrió de un empujón y se adentró en la penumbra con el chasquido de sus tacones.

Los cuadros de las paredes la miraban fijamente al pasar, con sus ojos brillantes en la oscuridad. Rosalind apretó la caja entre sus brazos, cuidando que sus guantes de cuero rodearan los bordes con delicadeza, con los codos extendidos a ambos lados. Cuando se detuvo ante la tercera puerta, llamó con el zapato, golpeando delicadamente su base.

Pasó un tiempo. Por un momento, sólo se oyó el traqueteo del tren. Después, un suave arrastrar de pies llegó desde el otro lado y la puerta se abrió, inundando el pasillo con una nueva luz.

—Buenas noches —dijo Rosalind cortésmente—. ¿Es un buen momento?

El señor Kuznetsov la miró fijamente, con el ceño fruncido mientras le daba sentido a la escena que tenía ante él. Rosalind llevaba días intentando conseguir una audiencia con el comerciante ruso. Se escondió en Harbin y sufrió, sin éxito, las gélidas temperaturas, luego lo siguió a Changchun, una ciudad más al sur. Allí, su gente tampoco respondió a sus peticiones, y casi parecía una causa perdida —que tendría que resolver a las malas—, hasta que se enteró de sus planes de viajar en tren con comodidades en primera clase, donde los compartimentos eran grandes y los techos bajos, donde rara vez había gente y el sonido quedaba amortiguado por las gruesas paredes.

—Llamaré a mi guardia...

—Oh, no sea tonto.

Rosalind entró sin invitación. Las habitaciones privadas de primera clase eran tan amplias que fácilmente habría podido olvidar que estaba a bordo de un tren... si no fuera por las paredes oscilantes, cuyo tapiz con motivos florales vibraba cada vez que las vías chirriaban. Miró a su alrededor un rato más, fijándose en la escotilla que subía a la parte superior del tren y en la ventana al otro extremo de la habitación, con las persianas abajo para bloquear el rápido movimiento de la noche. A la izquierda de la cama con dosel, había otras puertas que daban a un armario o a un baño.

Un golpe seco hizo que Rosalind volviera a centrar su atención en el comerciante, mientras él cerraba la puerta del compartimento principal. Cuando se dio la vuelta, el hombre

recorría a Rosalind con la mirada y luego se fijó en la caja que ella llevaba en las manos, pero no se fijaba en su qipao ni en flores rojas que adornaban la estola de piel que llevaba sobre los hombros. Aunque el señor Kuznetsov intentó ser sutil al respecto, le preocupaba la caja que llevaba en las manos y si la mujer iba armada.

Rosalind ya estaba levantando con cuidado la tapa de la caja, presentando su contenido con un elegante ademán.

—Un regalo, señor Kuznetsov —dijo con tono amable—. De la Pandilla Escarlata, que me ha enviado aquí para conocerlo. ¿Podríamos charlar?

Ella empujó la caja hacia delante con otro movimiento ostentoso. Era un pequeño jarrón chino de porcelana azul y blanca sobre un lecho de seda roja. Adecuadamente caro. Aunque no tanto para provocar indignación.

Rosalind contuvo la respiración hasta que el señor Kuznetsov metió la mano y lo levantó. Examinó el jarrón a la luz de las lámparas que colgaban del techo, girando el cuello de un lado a otro y admirando los personajes tallados a los lados. Al cabo de un rato, lanzó un gruñido de aprobación, se acercó a una mesita que había entre dos grandes asientos y dejó el jarrón en el suelo. Dos tazas de té ya estaban servidas sobre la mesa. Había un cenicero cerca, cubierto de ceniza negra.

—La Pandilla Escarlata —murmuró el señor Kuznetsov en voz baja. Se sentó en una de las sillas, con la espalda rígida contra el tapizado—. Hacía tiempo que no oía ese nombre. Por favor, siéntese.

Rosalind se dirigió a la otra silla, colocó de nuevo la tapa sobre su caja y la apartó. Cuando se dejó caer en el asiento, sólo se posó en el borde, echando otra mirada a las puertas del armario a su izquierda. El suelo tembló.

—Supongo que usted es la misma chica que ha estado acosando a mi personal —el señor Kuznetsov cambió del ruso al inglés—. Janie Mead, ¿verdad?

Habían pasado cuatro años, pero Rosalind seguía sin acostumbrarse a su alias. Tarde o temprano iba a meterse en un lío por aquella fracción de segundo de retraso en reaccionar, por la mirada perdida que siempre tenía antes de recordar que debía llamarse Janie Mead, por la pausa antes de alargar su acento francés cuando hablaba en inglés, fingiendo haber crecido en Estados Unidos y ser una más entre los muchos que volvían a la ciudad inscritos en las filas del Kuomintang.

—Correcto —dijo Rosalind con tono uniforme. Quizá debió bromear, dar un paso atrás y declarar que sería prudente recordar su nombre. El tren retumbó sobre un bache en las vías y toda la habitación se estremeció, pero Rosalind no añadió nada más. Se limitó a cruzar las manos, arrugando el frío cuero.

El señor Kuznetsov frunció el ceño. Las arrugas de su frente se hicieron más profundas, al igual que las patas de gallo que marcaban sus ojos.

—¿Y está aquí por... mis propiedades?

—Correcto —volvió a decir Rosalind. Ésa era siempre la forma más fácil de ganar tiempo. Dejar que supusieran para qué estaba allí y seguirles la corriente, en lugar de soltar una extraña mentira y verse atrapada en ella demasiado pronto—. Estoy segura de que habrá oído que los Escarlatas ya no comerciamos mucho con tierras desde que nos fusionamos con los nacionalistas, pero ésta es una ocasión especial. Manchuria ofrece una gran oportunidad.

—Parece bastante lejos de Shangháí como para que a los Escarlatas les importe —el señor Kuznetsov se inclinó hacia

delante y echó un vistazo a las tazas de té sobre la mesa. Se dio cuenta de que una estaba todavía medio llena, así que se la llevó a los labios, aclarándose la garganta para humectarla—. Y usted parece un poco joven para hacerle los mandados a los Escarlatas.

Rosalind lo observó beber. Su garganta se movía. Estaba expuesto al ataque. Vulnerable. Pero ella no buscó un arma. No portaba ninguna.

—Tengo diecinueve años —respondió Rosalind, quitándose los guantes.

—Diga la verdad, señorita Mead. Ése no es su verdadero nombre, ¿verdad?

Rosalind sonrió y dejó los guantes sobre la mesa. Era sospechoso, por supuesto. El señor Kuznetsov no era un simple magnate ruso con negocios en Manchuria, sino uno de los últimos Flores Blancas del país. Ese solo hecho era suficiente para aterrizar en las listas del Kuomintang, pero también estaba desviando dinero a las células comunistas, apoyando su esfuerzo de guerra en el sur. Y como los nacionalistas necesitaban acabar con los comunistas, debían romper todas sus fuentes de financiamiento de la forma más fácil posible, Rosalind había sido enviada aquí con órdenes de... ponerle fin a todo esto.

—Por supuesto que no es mi verdadero nombre —dijo con ligereza—. Mi verdadero nombre es chino.

—No me refiero a eso —el señor Kuznetsov tenía ahora las manos apoyadas en los costados. Ella se preguntó si él trataría de coger un arma oculta—. La investigué después de sus peticiones anteriores para reunirnos. Y se parece mucho a Rosalind Lang.

Rosalind no se inmutó.

—Lo tomaré como un cumplido. Sé que usted debe estar al tanto de los sucesos en Shanghái, pero Rosalind Lang no ha sido vista en años.

Si alguien afirmaba haberla visto, seguramente se trataba de fantasmas, vestigios de un sueño desvanecido, un recuerdo de lo que había sido Shanghái. Rosalind Lang: criada en París antes de regresar a la ciudad y ascender a la infamia entre las mejores bailarinas del cabaret nocturno. Rosalind Lang: una chica de paradero desconocido, dada por muerta.

—Me he enterado —dijo el señor Kuznetsov, inclinándose para examinar de nuevo su taza de té. Ella se preguntó por qué no bebía también la segunda si tenía tanta sed. Se preguntó por qué se había servido una segunda taza.

Bueno, lo sabía.

El señor Kuznetsov levantó la vista de repente.

—Aunque —continuó— corría el rumor entre los Flores Blancas de que Rosalind Lang desapareció debido a la muerte de Dimitri Voronin.

Rosalind se quedó helada. Por la sorpresa sintió un hueco en el estómago y un pequeño suspiro escapó de sus pulmones. Ya era demasiado tarde para fingir que no la había tomado desprevenida, así que dejó que el silencio se prolongara, que la ira cobrara vida en sus huesos.

Con aires de presunción, el señor Kuznetsov cogió una cuchara miniatura y la golpeó contra el borde de la taza de té. Sonó demasiado fuerte dentro de la habitación, como un disparo, como una explosión. Como la explosión que había sacudido la ciudad cuatro años atrás, la que provocó Juliette, la prima de Rosalind, dando su vida sólo para detener el reinado de terror de Dimitri.

De no haber sido por Rosalind, Juliette Cai y Roma Montagov seguirían vivos. De no haber sido por la traición de Rosalind contra la Pandilla Escarlata, Dimitri nunca habría ganado el poder que obtuvo, y quizá los Flores Blancas nunca se habrían separado. Tal vez la Pandilla Escarlata no se habría fusionado con el Kuomintang para convertirse en el partido político de los nacionalistas. *Tal vez, tal vez, tal vez*, éste era un juego que atormentaba a Rosalind hasta altas horas de sus noches eternas, un ejercicio inútil de catalogar cada cosa que había hecho mal para llegar hasta donde estaba hoy.

—Usted lo sabría todo sobre los Flores Blancas, ¿verdad?

Se había bajado el telón. Cuando Rosalind habló, se escuchó su verdadera voz, aguda y con acento francés.

El señor Kuznetsov dejó la cuchara con una mueca.

—Lo curioso es que los Flores Blancas que sobrevivieron también tienen conexiones duraderas que nos alimentan de advertencias. Y yo estaba preparado desde hace tiempo, señorita Lang.

La puerta de su izquierda se abrió de golpe. Salió otro hombre, vestido con un traje occidental y una daga simple en la mano derecha. Antes de que Rosalind pudiera moverse, el hombre ya estaba detrás de ella, agarrando con firmeza su hombro, manteniéndola sentada en la silla, con la daga en su cuello.

—¿Cree que viajaría sin guardaespaldas? —preguntó el señor Kuznetsov—. ¿Quién la ha enviado?

—Ya se lo he dicho —respondió Rosalind. Intentó mover el cuello. No era posible. La hoja ya atravesaba su piel—. La Pandilla Escarlata.

—La disputa de sangre entre la Pandilla Escarlata y los Flores Blancas terminó, señorita Lang. ¿Por qué la enviarían a usted?

—Para complacerlo. ¿No le ha gustado mi regalo?

El señor Kuznetsov se levantó. Se llevó las manos a la espalda, con los labios entreabiertos por el enfado.

—Le daré una última oportunidad. ¿Qué partido la envía?

Intentaba tantear a los dos bandos de la guerra civil que se estaba desarrollando en el país. Calibrar si había caído en las listas de los nacionalistas o si los comunistas lo estaban traicionando.

—Va a matarme de todos modos —afirmó Rosalind. Sintió que una gota de sangre se deslizaba por su mentón. Corrió a lo largo de su cuello, luego manchó la tela de su qipao—. ¿Por qué debería perder el tiempo con sus preguntas?

—Bien —el señor Kuznetsov le hizo un gesto a su guardaespaldas. No vaciló antes de cambiar al ruso y dijo—: *Mátala, entonces. Bystreje, pozhaluysta.*

Rosalind se preparó. Inspiró y sintió que la hoja susurraba una bendición a su piel.

Y el guardaespaldas le cortó la garganta.

La conmoción inicial era siempre lo peor, esa primera fracción de segundo en la que apenas podía pensar a causa del dolor. Sus manos volaron sin previo aviso hacia su cuello para apretar la herida. Un rojo caliente se derramó a través de las líneas de sus dedos y corrió por sus brazos, goteando sobre el suelo del compartimento del tren. Cuando se levantó de la silla y cayó de rodillas, se produjo un instante de incertidumbre, un susurro en su mente que le decía que ya había engañado bastante a la muerte y que esta vez no se recuperaría.

Entonces Rosalind inclinó la cabeza y sintió que la hemorragia se ralentizaba. Sintió que su piel se volvía a unir, centímetro a centímetro. El señor Kuznetsov estaba esperando a que se desplomara, con la mirada perdida en el techo.

En lugar de eso, levantó la cabeza y apartó las manos.

Su cuello ya se había curado, aún estaba manchado de rojo, pero parecía como si nunca hubiera sido cortado.

El señor Kuznetsov emitió un ruido ahogado. Su guardaespaldas, mientras tanto, susurró algo indescifrable y avanzó hacia ella, pero cuando Rosalind le tendió una mano, él obedeció, demasiado aturrido para oponerse.

—Supongo que te lo diré ahora —comenzó Rosalind, ligeramente sin aliento. Se limpió la sangre de la barbilla y se levantó sobre un pie, luego sobre el otro—. ¿No has oído hablar de mí? Los nacionalistas tienen que mejorar sus redes de inteligencia.

Ahora el comerciante se daba cuenta. Ella podía verlo en sus ojos, en esa expresión de incredulidad por estar presenciando algo tan antinatural, relacionándolo con las historias que habían comenzado a difundirse unos años atrás.

—Dama de la Fortuna —susurró.

—Ah —Rosalind se enderezó por fin, recuperando la respiración—. Ese nombre es inapropiado. Es sólo Fortuna. *Atrápalo*.

Con un movimiento suave, cogió uno de sus guantes para sujetar la boca del jarrón y lo levantó de la mesa. El guardaespaldas atrapó el jarrón con rapidez cuando ella se lo lanzó, quizá preparándose para algún ataque, pero el jarrón sólo aterrizó en sus palmas tranquilamente, acunado como un animal salvaje hecho de porcelana.

*Fortuna*, se rumoraba en voz baja, era el nombre en clave de una agente nacionalista. Y no una agente cualquiera: una asesina inmortal, que no dormía ni envejecía, que acechaba a sus objetivos por la noche y aparecía bajo la apariencia de una simple chica. Dependiendo de la floritura que se añadiera a

las historias, específicamente era una amenaza para los Flores Blancas supervivientes, a los que perseguía con una moneda en la mano. Fortuna haría girar el metal por los aires, y si al caer la moneda mostraba su cara, las víctimas morirían de inmediato. Si salía cruz, ellos tendrían la oportunidad de intentar huir, pero se decía que ningún objetivo había logrado escapar de ella.

—Abominable criatura —dijo el señor Kuznetsov entre dientes. Se abalanzó hacia atrás para alejarse de ella, o al menos lo intentó. El comerciante no había dado ni tres pasos antes de caer bruscamente al suelo. Su guardaespaldas se quedó inmóvil, paralizado, sosteniendo el jarrón entre las manos.

—Veneno, señor Kuznetsov —explicó Rosalind—. No es una forma tan abominable de morir, ¿verdad?

Sus miembros empezaron a temblar. Su sistema nervioso se estaba apagando: los brazos se debilitaban, las piernas se convertían en papel. Ella no se alegró por ello. No lo trató como una venganza. Pero habría mentido si negara que se había sentido como el duro mazo de la justicia con cada golpe, como si ésta fuera su forma de despojarse de sus pecados capa por capa hasta que hubiera respondido completamente por sus acciones de hacía cuatro años.

—Usted... —el señor Kuznetsov resopló—. Usted no... ha tocado el... té. Yo estaba... estaba mirando.

—Yo no he envenenado el té, señor Kuznetsov —replicó Rosalind. Se volvió hacia su guardaespaldas—. He envenenado el jarrón que has tocado con tus propios dedos.

El guardaespaldas tiró el jarrón con repentina saña, y éste se hizo trizas junto a la cama de cuatro postes. Era demasiado tarde; llevaba más tiempo sujetándolo que el señor Kuznetsov. Se abalanzó hacia la puerta, tal vez para buscar ayuda o para

lavarse el veneno de las manos, pero también él se desplomó antes de poder salir.

Rosalind lo observó todo con una mirada inexpresiva. Lo había hecho muchas veces. Los rumores eran ciertos: a veces llevaba consigo una moneda para dar a los nacionalistas combustible para su propaganda. Pero el veneno era su arma preferida, así que no importaba lo lejos que corrieran. Cuando sus objetivos pensaban que los había dejado libres, eran alcanzados.

—Usted...

Rosalind se acercó al comerciante y se metió los guantes en el bolsillo.

—Hazme un favor —dijo dulcemente—. Saluda a Dimitri Voronin de mi parte cuando lo veas en el infierno.

El señor Kuznetsov dejó de resollar, dejó de moverse. Estaba muerto. Se había cumplido otra misión, y los nacionalistas estaban un paso más cerca de perder su país a manos de los imperialistas en lugar de los comunistas. Momentos después, su guardaespaldas sucumbió también, y la sala se sumió en un silencio hueco.

Rosalind se dirigió al lavabo, junto a la barra, abrió totalmente el grifo y se enjuagó las manos. A continuación se salpicó agua por el cuello y se restregó la piel con los dedos. Toda aquella sangre era suya, pero sintió un asco amargo en la lengua cuando vio cómo se manchaban los bordes del lavabo mientras ella se limpiaba, como si las partículas de un veneno distinto estuvieran desprendiéndose de su piel, como si fuera un tipo de veneno que contaminara su alma en lugar de sus órganos.

«*Es más fácil no pensar en ello*», solía decir su prima cuando en Shanghái había una disputa de sangre entre dos bandas rivales, cuando Rosalind era la mano derecha de la heredera de la Pandilla Escarlata y veía cómo Juliette mataba gente día tras día

en nombre de su familia. «*Recuerda sus caras. Recuerda las vidas arrebatadas. Pero ¿qué sentido tiene darle vueltas? Si ocurrió, ocurrió*».

Rosalind exhaló lentamente, cerró el grifo y dejó que el agua color óxido se deslizara por el desagüe. Desde la muerte de su prima poco había cambiado la actitud de la ciudad con respecto al derramamiento de sangre. Poco, excepto el que ya no mataban los mafiosos sino los políticos que fingían que ahora habría algo parecido a la ley y el orden. Un intercambio artificial, nada diferente en el fondo.

Un rumor de voces resonó en el pasillo exterior. Rosalind se tensó y miró a su alrededor. Aunque no creía que pudieran procesarla por los crímenes cometidos allí, necesitaba escapar antes de poner a prueba esa teoría. El Kuomintang estaba al frente del país, presentando su gobierno como defensor de la justicia. Por el bien de su imagen, sus miembros nacionalistas la echarían a los lobos y la repudiarían como agente si era sorprendida dejando cadáveres fuera de la ciudad, aunque su rama secreta encubierta les diera todas las instrucciones.

Rosalind levantó la barbilla y flexionó la nueva piel lisa de su cuello mientras buscaba en el techo del compartimento. Había estudiado los planos del tren antes de subir y, cuando vio una cuerda fina y apenas visible que colgaba cerca de la lámpara, tiró de un panel del techo y descubrió una escotilla metálica que conducía directamente a la parte superior del vagón para su mantenimiento.

En cuanto bajó la escotilla, el viento se precipitó en la habitación con un rugido. Se apoyó en los cajones cercanos y se alejó de la escena del crimen a gran velocidad.

—No resbales—se dijo, trepando por la escotilla y saliendo a la noche, con los dientes castañeando contra la gélida temperatura—. *No resbales.*

Rosalind cerró la escotilla. Se detuvo un instante para orientarse en lo alto del tren que circulaba a toda velocidad. Por un momento sintió vértigo, convencida de que se iba a volcar y caería. Luego, con la misma rapidez, recuperó el equilibrio y sus pies se mantuvieron firmes.

—Una bailarina, una agente —se susurró Rosalind, mientras empezaba a moverse por el tren con la mirada fija en el extremo del vagón. Su superior le grabó ese mantra en la mente durante los días más duros de entrenamiento, cuando se quejaba de que no podía moverse rápido, de que no podía luchar como lo harían los agentes tradicionales, excusa tras excusa para explicar por qué no era lo bastante buena para aprender. Solía pasar todas las noches en un escenario iluminado. La ciudad la había erigido como su estrella, la bailarina que todo el mundo tenía que ver, y las habladurías se movían más rápido que la realidad misma. No importaba quién era Rosalind ni que, en realidad, no fuera más que una niña vestida de oropel. Estafaba a los hombres y les sonreía como si fueran reyes hasta que soltaban las propinas que ella buscaba, y entonces cambiaba de mesa antes de que la canción terminara.

—Déjame escabullirme en la oscuridad y envenenar a la gente —insistió en aquel primer encuentro con Dao Feng. Estaban en el patio de la universidad, donde Dao Feng trabajaba encubierto, y Rosalind lo acompañaba a regañadientes porque hacía calor, la hierba le picaba en los tobillos y el sudor se acumulaba en sus axilas—. De todas formas, no pueden matarme. ¿Por qué necesito nada más?

En respuesta, Dao Feng le dio un puñetazo en la nariz.

—¡Jesús! —sintió crujir el hueso. Sintió que la sangre le corría por la cara y que estallaba también en la otra dirección, con un líquido caliente y metálico bajando por entre su len-

gua y hasta su garganta. Si alguien los hubiera visto en ese momento, habría sido una escena terrible. Por fortuna, era temprano y el patio estaba vacío, hora y lugar que se convirtieron en su campo de entrenamiento durante meses.

—Por eso —respondió—. ¿Cómo vas a poner tu veneno si estás intentando curar un hueso roto? Este país no inventó el wūshù para que no aprendieras nada. Eras bailarina. Ahora eres agente. Tu cuerpo ya sabe cómo girar y doblarse; sólo hay que darle dirección e intención.

Cuando le lanzó el siguiente puñetazo a la cara, Rosalind se agachó indignada. La nariz rota se había curado con la rapidez habitual, pero su ego seguía herido. El puño de Dao Feng aterrizó en el aire.

Y su superior sonrió.

—Bien. Así está mejor.

En el presente, Rosalind se movía más rápido contra el viento rugiente, murmurando su mantra en voz baja. Cada paso era una garantía para sí. Sabía que no debía resbalar; sabía lo que hacía. Nadie le había pedido que se convirtiera en asesina. Nadie le había pedido que abandonara el cabaret y dejara de bailar, pero había muerto y despertado como una criatura abominable —como dijo tan amablemente el señor Kuznetsov—, y necesitaba un propósito en su vida, una forma de alterar cada día y cada noche para que no se confundieran con monotonía en su mente.

O tal vez se mentía. Tal vez había elegido matar porque no sabía de qué otra forma demostrar su valía. Más que cualquier otra cosa en el mundo, Rosalind Lang quería redención, y si así era como la obtendría, que así fuera.

Tosiendo, Rosalind dispó con la mano el humo que se acumulaba a su alrededor. La máquina de vapor traqueteaba

ruidosamente, dispersando una corriente interminable de polvo y arenilla. Más adelante, las vías se alargaban y desaparecían en el horizonte, más allá de lo que alcanzaba la vista.

Sólo entonces un movimiento a lo lejos interrumpió la imagen inmóvil.

Rosalind se detuvo y se inclinó hacia delante con curiosidad. No estaba segura de lo que veía. La noche era oscura y la luna sólo era una fina media luna que colgaba delicadamente de las nubes. Pero las farolas eléctricas instaladas junto a las vías cumplieron a la perfección su función de iluminar a dos figuras que huían de las vías y desaparecían entre los campos elevados.

Faltaban unos veinte o treinta segundos para que el tren se acercara a las vías por donde habían estado merodeando las figuras. Cuando Rosalind se acercó al final del vagón, trató de entrecerrar los ojos y enfocar la vista, segura de que se había equivocado.

Por eso no se dio cuenta de que la dinamita había estallado en las vías, hasta que el sonido retumbó en la noche y el calor de la explosión le abrasó el rostro.